

tipo de desarrollo económico ayudó a consolidar una conciencia colectiva de tolerancia que ha caracterizado a la ciudad y ha permitido su crecimiento. Ese ánimo positivo y ese espíritu de cooperación le han permitido a la ciudad superar graves epidemias que la azotaron, y de paso el cuerpo médico ganó credibilidad gracias a los invaluable servicios que prestó durante las crisis. Los avances científicos y la consolidación del ejercicio médico se dieron en medio de contiendas académicas sostenidas entre los homeópatas y alópatas, contiendas reproducidas por la prensa local y que sirven a los autores del libro para analizar los desarrollos médicos y la práctica profesional en la urbe durante el último tercio del siglo XIX y los albores del siglo XX.



Dos grandes capítulos forman el eje central del libro: en el primero se analiza en detalle la profesión médica en el lapso transcurrido entre 1885 y 1913, periodo signado por las guerras y por las reformas políticas que dividieron la nación; el segundo se ocupa del periodo transcurrido entre 1930 y 1946, cuando la medicina se consolidó como una profesión liberal. Los autores muestran como la actuación de los médicos estuvo condicionada por posturas derivadas tanto del radicalismo, como de la Regeneración. Las confrontaciones militares y políticas obviamente afectaron la enseñanza y la práctica de la profesión médica. Si bien la ciudad no era belicista y su actividad estaba demarcada por el comercio, la guerra llegó a sus puertas y alteró todas las actividades. Como secuela de estos sucesos se produjo la centralización del Estado.

En el campo médico surgieron instituciones sanitarias y se produjeron transformaciones que implicaron la reorganización del gremio. Algunos

profesionales radicados allí optaron por hacer medicina itinerante en otras ciudades y pueblos. Otros combinaron el ejercicio médico con la actividad comercial y organizaron farmacias. Después de las reformas políticas y con la restauración del orden, muchos galenos que habían abandonado la ciudad por razones políticas regresaron y se reincorporaron a sus actividades. En forma paralela se fue dando una socialización de los saberes a través de la prensa. Luego se organizarían los primeros laboratorios y hacia 1897 se creó la Sociedad Médica del Atlántico y salió a la luz el Boletín de Medicina, del cual se publicaron doce entregas. La Sociedad gozó desde un principio de credibilidad y prestigio y con el tiempo se transformó en la Sociedad Médico Quirúrgica del Atlántico. A comienzos del siglo XX los médicos barranquilleros formaban un cuerpo gremial poderoso y propendían por mantener el prestigio y la posición que habían ganado como elite social. Merced a ello iniciaron campañas para combatir la charlatanería de quienes ejercían sin título de idoneidad profesional. Se trataba de moralizar la profesión y regularizar su ejercicio.

El cultivo del banano en la región, el inicio de la explotación petrolífera, la inversión extranjera y criolla y la creciente inmigración abrieron los ojos en relación con la sanidad del puerto y la creciente posibilidad del ingreso de pestes. La ciudad se preparó para afrontar el reto y puso a prueba las medidas adoptadas para enfrentar posibles epidemias cuando llegó la peste bubónica. Hubo una gran movilización para definir la patología, se importaron sueros, se realizaron cuarentenas y se implementaron los laboratorios. A pesar de la escasa capacidad de intervención terapéutica, la epidemia se “autolimitó” y en 1915 ya había desaparecido descartándose. Como corolario surgió la Estación Sanitaria de Puerto Colombia, que entró en servicio en 1913. La Estación contaba con un médico, un vacunador, un farmacéutico, guardas de sanidad, un ingeniero mecánico, un electricista, un piloto y varios marineros.

El avance progresivo de la ciudad conllevó la organización de entes destinados a mejorar la asistencia médica y a través de ordenanzas se tomaron

medidas para incrementar y mejorar los hospitales, dar atención a los desvalidos, mejorar la calidad del agua, hacer reconocimientos médico-legales, ampliar los asilos de caridad y contrarrestar las amenazas del río Magdalena.

Con la consolidación de la medicina como profesión liberal surgieron las clínicas de carácter privado, al tiempo, atendiendo los dictámenes de una misión francesa, se modernizó la educación médica y se creó un Departamento Nacional de Higiene. Durante el periodo de López Pumarejo se realizaron reformas significativas en el campo de la salud. Apareció entonces el concepto de función social del Estado en lo pertinente a la asistencia pública y a la responsabilidad de atender la salud de los menos favorecidos y llevar a cabo estrategias de higiene y campañas sanitarias. Barranquilla, como puerto y umbral del país y como corredor comercial a través del río, se convirtió en un centro bancario y fabril importante en el cual los médicos encontraron un excelente lugar de trabajo que favoreció un ejercicio profesional de excelencia tanto de profesionales nacionales, como extranjeros, quienes estuvieron al tanto de los progresos de la medicina universal y cuyo ejercicio se vio afectado por los avatares políticos, sociales y económicos de la nación.

Este enfoque que correlaciona el desarrollo y los avances de la profesión médica con los cambios en la vida social y en las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales de la nación es quizá el mayor acierto de este libro que invitamos a leer y que no defraudará a quienes lo consulten.

Santiago Díaz Piedrahita

Reflexiones de un arquitecto

Escritos de Arturo Robledo

BEATRIZ GARCÍA MORENO (COMP.)
Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Artes, Colección Notas de
clase nueve, Bogotá, 2009, 101 págs., il.

“GESTORA de esta iniciativa es Beatriz García Moreno, Doctora Arquitecta,

desde hace unos cuantos años atenta seguidora y verdadera paladín(a) de mi obra”¹, estas palabras las escribía justamente de la autora Arturo Robledo en la introducción a una de las primeras publicaciones sobre su trabajo en agosto de 2002, cinco años antes de su fallecimiento en Bogotá. Evidentemente, esta arquitecta egresada de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín², había sido y es, sin duda, la más atenta seguidora y devota promotora de la divulgación y conservación de la obra de Robledo. Tanto en vida del arquitecto con sus artículos “Parque Residencial Calle 100 de Arturo Robledo Ocampo” (1996); *Portafolio en vivienda (1950-2002)* Arturo Robledo Ocampo Arquitecto (2003), como luego de manera póstuma, empezando por esta obra, referida a los *Escritos de Arturo Robledo* publicada en 2009, dos años después de su muerte, en que compiló y publicó en la colección Notas de clase nueve de la Facultad de Artes, la mayoría de los textos suyos que habían sido publicados entre 1964 y 2006 en las revistas de arquitectura *Proa*, *Escala*, *Ágora* y en la de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, o como colaborador³ y prologuista y, por último, unos inéditos que aprovechó para dar a la luz pública. A este trabajo le siguió poco tiempo después en el 2010 el riguroso estudio titulado *Arturo Robledo. La arquitectura como modo de vida*, en donde García Moreno dio noticia de otros cinco textos no incluidos en la compilación anterior⁴.

1. *Portafolio en Vivienda (1950-2002)*, Arturo Robledo Ocampo-Arquitecto, 2.^a ed., Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

2. En 1992 obtuvo Ph. D. en Arquitectura, área de historia, teoría y crítica, en Georgia Institute of Technology. Fue decana de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, entre 1998 y 2002 y directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la misma universidad entre 1994 y 1998. Es autora, además, *De la casa patriarcal a la casa nuclear en el municipio cafetero de Sevilla* (1995); *Región y lugar. Arquitectura latinoamericana contemporánea* (2000), y del mismo año *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*, entre otros trabajos.

3. En Eduardo Angulo Flórez, *Cincuenta años de arquitectura, 1936-1986*, Universidad Nacional, Bogotá, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987, y en *Aspectos de la arquitectura contemporánea en Colombia*, Medellín Centro Colombo Americano, 1977.

4. Los publicados en la revista *Escala* en 1982, “Zona Franca de Cartagena de Indias”



Arturo Robledo Ocampo (Manizales, 1930-Bogotá, 2007), diseñador y urbanista, pero también, pedagogo y administrador al servicio de la hoy Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia en su sede principal de Bogotá, escribió poco, pero cuando lo hizo fue de manera corta y concisa. Los diecisiete escritos recogidos por Beatriz García en esta publicación de corte académico, recogen una serie de reflexiones suyas de carácter crítico, algunas sorprendentemente vigentes, que además reflejan su claro compromiso social.

Estas reflexiones podrían agruparse en tres categorías. Primero, las referidas al ejercicio profesional desde el ámbito académico, ya como maestro o decano, las cuales son la mayoría; luego las de la arquitectura misma y algunos de sus arquitectos protagonistas como Vicente Nasi y Carlos Martínez Jiménez o prologuista en publicaciones realizadas por colegas suyos de esta universidad; finalmente, una última categoría que recoge algunas pocas de carácter personal.

Entre los escritos de la primera categoría están los de los años sesenta, empezando por el de octubre de 1961 sobre la conmemoración de los “25 años de la Facultad de Arquitectura” de su alma máter, el más antiguo de los textos compilados, con más de cincuenta años, que se encontraba en el

y “Centro de Convenciones de Cartagena”; 1984, “Unidad Tecnológica Wilhem Schmitt, de Cervecería Bavaria Planta de Techo” y 1985, “Edificio Cenac, Bogotá” y en la presentación que hizo para *Portafolio en vivienda* en el año 2002 al que nos hemos referido.

archivo de la facultad, texto en el que, por ejemplo, desde entonces, ya hablaba de la vivienda de interés social.

No quiero ponderar ante ustedes la importancia de la vivienda de interés social. Quiero solamente destacar el hecho de que entre nosotros se tiende a mirar las actividades de la Arquitectura colectiva o socializada con cierto desdén, con aquel aire indolente que se adopta muchas veces ante la escasez de los recursos económicos [...] Pero considero necesario insistir, con el mayor énfasis, en que la Arquitectura puede y debe realizarse, con el mismo amor y con la misma atención, en los niveles que tradicionalmente se han venido considerando como los bajos de la sociedad; que la obra de arte no puede aspirar a la perfección sino en la medida en que deba vencer dificultades y que aun los desheredados de la fortuna pueden aspirar al goce de la poesía del espacio, que les brinda el arquitecto.

Creo que es necesario producir un cambio fundamental en el criterio con que se mira el problema de la vivienda popular. [págs. 12-13]

Seguido dos años después con el de sus palabras pronunciadas cuando ocupó por primera vez la decanatura de la Facultad de Arquitectura –luego lo sería de la de Artes–, “En acto de graduación de 1963”, en las que afirmó que “Ingresar al grupo de Arquitectos de la Nacional significa una mayor responsabilidad hacia su país, su profesión y su Universidad” (pág. 34). En los siguientes textos escribe sobre temas como el diseño, el código de ética, la carrera y la profesión. Bajo el curioso título de “¿Diseño (+,-,X,%,=,>,<,&,-vs.,\$) arquitectura?” de febrero de 1964, o “La ética y el arquitecto” de agosto de 1978 reflexiona sobre la traza o diseño de los proyectos, el decoro, la corrección, la decencia, en fin, la ética profesional para evitar fallar como ser humano, ser social y como arquitecto –el primer artículo fue publicado en otras versiones en las revistas de la Sociedad Colombiana de Arquitectos y en la *Escala* núm. 100–; y en “Carrera y profesión” de junio de 1985 tocó “temas que ocupan, y a veces preocupan seriamente, la atención de los arquitectos: la proliferación de facultades,

la alta desocupación profesional, la escasa participación gremial” (pág. 23).

Uno muy interesante es el de las palabras pronunciadas en octubre de 1979, publicadas en febrero de 1980, para la presentación del proyecto denominado *Anales de la arquitectura moderna colombiana*, el cual fue formulado con el propósito de consolidar el centro de información de la facultad, CIDAR, a partir de la donación de documentos de los propios pioneros de la arquitectura moderna colombiana, en donde serían recibidos, clasificados y conservados. Propósito que años después vino a cumplirse, en parte, el Museo de Arquitectura Leopoldo Rother y el mismo Archivo Central de la universidad a donde recientemente ha pasado el propio archivo de Robledo.



En esta segunda categoría encontramos “Charla sobre la arquitectura colombiana”, un texto que fue leído en los micrófonos de la Radiodifusora Nacional, con ocasión de la Semana Nacional de la Cultura, el 9 de julio de 1962, día que había sido declarado de la arquitectura y se realizaba la Primera Bienal de Arquitectura nacional, exactamente hace cincuenta años y “A propósito de revistas de arquitectura”, escrito con motivo del retiro del “historiador y periodista de la arquitectura” J. M. Richards de la dirección de la excelente revista inglesa *Architectural Review*, en que aprovechó para opinar

sobre “las dificultades y los propósitos que caracterizan una revista de arquitectura de nuestro tiempo” y a la falta de una adecuada crítica especializada.

La crítica de arquitectura es escasa en todo el mundo, mientras el escritor se hace más importante en ésta que en las otras artes. El propósito de la crítica no es anotarse puntos sino identificar y mejorar las pautas.

La crítica, así entendida, no es función exclusiva de la revista especializada sino que debe ejercerse, insistente y constantemente, a través de todos los medios de comunicación, otros quizá más adecuados, y emprenderse como una responsabilidad de todo el cuerpo profesional. [pág. 50]

Textos a los que le siguieron sus reflexiones sobre dos arquitectos que admiraba por su innegable contribución a la historia de la arquitectura en el país, “A Carlos Martínez” de 1977 y “Carlos Martínez, director de Planificación de Bogotá” de agosto de 1991, —uno de los fundadores y director por más de treinta años de la revista *Proa*— y a quien acompañó durante su gestión como subdirector del Departamento Administrativo de Planificación Distrital de Bogotá entre 1959 y 1961, y en el texto inédito sobre los aportes del arquitecto italiano “Vicente Nasi y el nacimiento de la arquitectura moderna en Colombia”.

El aporte más significativo de Nasi y su generación lo constituye el desarrollo de una nueva tipología residencial. De las tradicionales casas de patios y corredores, con plantas en “F” o “E”, frías, oscuras y húmedas, él pasó a la vivienda compacta, con asoleación y ventilación directa para todas las habitaciones, es gigantesco y el cambio total y definitivo. [pág. 66]

En esta categoría también podrían incluirse sus escritos sobre otros dos arquitectos egresados de esta misma universidad, “Acerca de mi amigo Hernando Camargo Quijano”, su compañero de estudios universitarios y otro sobre Ismael Quintero Quiñones, graduado en 1966, que tituló “Los viajes de Ismael” con el subtítulo de “Dibujar es el arte de omitir”, referido precisamente a esos otros preciosos documentos de los arquitectos como

lo son los apuntes de viaje, el cual escribió con motivo de una exposición realizada sobre sus dibujos. Robledo también fue parco prologuista. Al inicio lo hizo en una de las publicaciones de Alberto Saldarriaga Roa de 1986⁵, y luego en el último tomo de la investigación de Néstor Tobón Botero sobre el urbanismo y la arquitectura de la colonización antioqueña de 1989⁶, que tituló de manera acertada, “Testimonio”.

En el último grupo o categoría de sus escritos encontramos los de carácter personal, dos inéditos, titulados “Cogitaciones de un desocupado ¿o no-activo?”, fechado en noviembre de 2002 el más largo de los que escribió, aunque en un tono algo pesimista; y uno sin fecha, “Recordando a mi madre”, escrito con amor filial al celebrarse el centenario de su nacimiento.

Esta compilación y rescate de los manuscritos y textos de Robledo resultan del mayor interés en cuanto se suman a los pocos que se han publicado, pues aparte de los obvios documentos de planimetría, fotografía, papeles de trabajo, maquetas, y aun películas de obras que conforman los archivos de las oficinas de los arquitectos, son verdaderamente escasos los documentos dejados por ellos, que reflejan directamente su pensamiento, su posición sobre diferentes aspectos de la profesión, como la arquitectura y la ciudad, la memoria y la historia, el oficio de proyectar y de construir, la ética profesional, la misma formación e influencia recibidas, de ahí el valor testimonial y documental de los conservados en este sentido.

Basta recordar las escasas cartas o informes de los Antonelli, ingenieros militares de los siglos XVI y XVII en Cartagena de Indias, las de Domingo Esquiaqui y Domingo de Petrés, la espléndida memoria arquitectónica de Thomas Reed para el edificio del capitolio o el relato de viaje de Leslie Arbouin, todos del siglo XIX, o la correspondencia, aún sin publicar, de Germán Tejero de la Torre y Alfredo Rodríguez Orgaz o de Le Corbusier

5. *Arquitectura y cultura en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

6. *Arquitectura de la colonización antioqueña*, t. V, Tolima-Valle del Cauca, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989.

con algunos colombianos, entre ellos Eduardo Zuleta Ángel y Fernando Martínez Sanabria, junto con los apuntes de viaje de Germán Samper y Rogelio Salmona o los cuadernos de dibujo de Edgar Bueno Tafur del pasado siglo XX. Documentos a los que habría que agregar la publicación de las oportunas conversaciones sostenidas con varios de ellos durante la primera década de este siglo, como la sostenida con Arturo Robledo en noviembre de 2001, las cuales nos permiten conocer de primera mano aspectos menos documentados de sus experiencias profesionales⁷.

Luis Fernando Carrasco Zaldúa

Acerca de la hospitalidad

Artistas, espacios y proyectos invitados MDE07. Encuentro Internacional de Medellín. Prácticas artísticas contemporáneas

ANA PAULA COHEN,
JAIME CERÓN (EDS.)
Fondo Editorial Museo de Antioquia,
Medellín, 2012, 311 págs.

SI LA ley de la auténtica hospitalidad consiste en abrir la puerta a lo que Derrida llama el Otro Absoluto, el que no tiene referencias y del que no tenemos referencias, y abrirla además sin preguntas o formulando la pregunta en esencia poética –sin respuesta única por tanto– que plantea el filósofo francés, la propuesta que se llevó a cabo en un evento ya mítico de Medellín, el Encuentro Internacional de Medellín 2007, de revelador subtítulo –Espacios de hospitalidad–, podría servir de ejemplo práctico para esa

7. Trabajo pionero en este sentido ha sido el realizado por el Departamento de Arquitectura de la Universidad de los Andes, con el apoyo de su decano el arquitecto Alberto Miani Uribe, con la publicación de la serie *Conversaciones de arquitectura colombiana*, a partir de su primer volumen del año 2004, en la que está incluida, precisamente, la de Robledo. Publicaciones a las que se agregó luego la de 2007 de la periodista Claudia Antonia Arcila: *Triptico rojo, conversaciones con Rogelio Salmona*.

búsqueda, tal y como se puede ver en el libro-catálogo que acaba de aparecer publicado.

No se trató, en todo caso, del primer intento por paliar lo que Lucía González, directora del Museo de Antioquia, comenta en el prólogo: “las condiciones de aislamiento de Medellín de los circuitos del arte actual, la falta de contacto con creadores y teóricos de otras latitudes, la voluntad en muchas de superar este estado de cosas”. A finales de los años noventa, por ejemplo, acontecimientos como el Festival Internacional de Arte de la Ciudad de Medellín dibujarían el camino que más tarde seguirían tantas iniciativas para abrir la ciudad al afuera, una ciudad por otro lado de intensa e interesante actividad artística durante los ochenta.

Pero dejando a un lado la transformación luminosa que Medellín ha ido viviendo en este último decenio, en buena parte gracias a iniciativas culturales y educativas y a la cual sin duda han contribuido episodios como el Encuentro Internacional, la aparición de este libro-catálogo debe ser celebrada, porque funciona como documento, gráfico también, de lo que allí ocurrió y de quienes allí estuvieron. En todo evento y más allá de la información que está disponible en las páginas web, el catálogo funciona incluso hoy como lugar privilegiado de la memoria, tiempo detenido que, si no permite vivir lo que pasó de primera mano, al menos ayuda a percibir y tener cerca las huellas de lo que allí sucedía. Hojear el catálogo de una exposición es un modo de percibir las intenciones, las aspiraciones y los resultados de una muestra, aunque falte la emoción de primera mano –visitarla–. Los catálogos son, así, esenciales: sin ellos sería imposible escribir la historia del arte del siglo XX, sobre todo porque gran parte de esa historia ha sido *escrita* a través de las exposiciones que han ido trazando el recorrido del camino y los vaivenes del gusto. Los comisarios, y no la crítica, son quienes han marcado las tendencias en los últimos años. Más allá de las teorías y los grandes libros, el arte del siglo pasado –y de lo que va del presente– se ha ido escribiendo a través de las muestras, desde bienales hasta proyectos en museos o encuentros como el de Medellín 2007.

Allí ocurrieron, desde luego, innumerables cosas –como se deduce en el libro también–, entre otras la puesta en escena de la mencionada hospitalidad que hizo que los artistas invitados –o muchos de ellos al menos– trabajaran en Medellín/desde Medellín. Se trataba de mucho más que de una exposición: parecía un revulsivo para la ciudad y para los invitados, el territorio donde propiciar uno de esos encuentros a partir de los cuales y después de los cuales, las cosas ya no vuelven a ser como antes. La estratagema era sin duda eficaz: encontrarse con quien viene de afuera o con quien está adentro es una estrategia eficiente de plantear las preguntas imprescindibles, aquellas que, sigue diciendo la directora en su prólogo, a menudo no tienen una respuesta única, pese a proponer un rico intercambio de experiencias que perduran en el tiempo una vez que el evento puntual ha terminado.



Es la idea del “evento vivo”, comenta la misma directora en su prólogo, una pretensión de preguntas que superen las respuestas y un lugar privilegiado donde ir y encontrarse y verse en la necesidad de repensar las propias ideas. Queda patente en las propuestas de los artistas, que en la publicación aparecen junto con una imagen de sus contribuciones y un texto escrito por alguno de los curadores –el equipo estaba formado por curadores y artistas de Colombia como Alberto Sierra, Óscar Muñoz, Jaime Cerón, María Inés Rodríguez, José Ignacio Roca y la brasileña Ana Paula Cohen, además de Óscar Molina y Héctor Buitrago ambos para Cine– o historiadores clásicos como el venezolano Juan Carlos Palenzuela, tristemente desaparecido, que reemerge en estas páginas como la voz amable y lúcida que habló desde Caracas. Dichos textos funcionan, además,